

Pilar Domínguez

Entrevista a Pilar M^a Domínguez-Toscano.

por M^a Dolores Callejón Chinchilla y José Pedro Aznárez López

Profesora titular en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Huelva, del Área de Conocimiento de «Didáctica de la Expresión Plástica». Autora de libros y textos como "Escribir iconos, dibujar palabras", "Desarrollo de la expresión plástica y su didáctica", "Educación plástica y visual, hoy". Coordinadora de "Arteterapia. Principios y aplicación" y "Arteterapia, nuevos caminos para la mejora personal y social", etc., y otras publicaciones en torno a las artes plásticas, la educación y el arteterapia.

Principal artífice y presidente de ASANART (Asociación Andaluza de Arteterapia), lleva a cabo un proyecto de Innovación Docente de introducción del arteterapia en las materias de las que es docente y ello dedica parte de su tiempo libre.

En un número dedicado al "espacio", a esos "otros espacios", a los "no-lugares", hablamos con Pilar M^a Domínguez-Toscano, y lo hacemos en su casa, porque ella es ante todo una persona que se ocupa de un "espacio familiar" extenso y numeroso, en el que se integran hijos y mayores. Pilar es además una mujer que transita otros diferentes territorios. Nace fuera de España, en París, vive su adolescencia en Madrid y ahora reside en Sevilla, aunque trabaja en Huelva... Entra como colaboradora en "esos otros lugares, no habituales" que son el Hospital, la Cárcel, los Centro de Acogida para niños... donde se dedica a crear ambientes saludables por medio del arteterapia. Es artista plástica y escritora.

Una interesante entrevista que aconsejamos leer por su interés humano y profesional

Entrevista a Pilar M^a Domínguez-Toscano.

por M^a Dolores Callejón Chinchilla y José Pedro Aznárez López

Profesora titular en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Huelva, del Área de Conocimiento de «Didáctica de la Expresión Plástica». Autora de libros y textos como "Escribir iconos, dibujar palabras", "Desarrollo de la expresión plástica y su didáctica", "Educación plástica y visual, hoy". Coordinadora de "Arteterapia. Principios y aplicación" y "Arteterapia, nuevos caminos para la mejora personal y social", etc., y otras publicaciones en torno a las artes plásticas, la educación y el arteterapia.

Principal artífice y presidente de ASANART (Asociación Andaluza de Arteterapia), lleva a cabo un proyecto de Innovación Docente de introducción del arteterapia en las materias de las que es docente y ello dedica parte de su tiempo libre.

En un número dedicado al "espacio", a esos "otros espacios", a los "no-lugares", hablamos con Pilar M^a Domínguez-Toscano, y lo hacemos en su casa, porque ella es ante todo una persona que se ocupa de un "espacio familiar" extenso y numeroso, en el que se integran hijos y mayores. Pilar es además una mujer que transita otros diferentes territorios. Nace fuera de España, en París, vive su adolescencia en Madrid y ahora reside en Sevilla, aunque trabaja en Huelva... Entra como colaboradora en "esos otros lugares, no habituales" que son el Hospital, la Cárcel, los Centro de Acogida para niños... donde se dedica a crear ambientes saludables por medio del arteterapia. Es artista plástica y escritora.

Una interesante entrevista que aconsejamos leer por su interés humano y profesional.

Pilar, estas promoviendo el trabajo con personas recluidas en la cárcel de Huelva y con los menores en la "Ciudad de los Niños" a través del arteterapia. Creemos saber lo que es ese lugar que llamamos "cárcel", pero tú, ¿cómo lo definirías?

Quizá la experiencia que tengo de la cárcel no refleje su naturaleza y su función habitual, porque nuestra experiencia es la de un lugar donde se puede aprender, un lugar donde se exploran nuevos caminos (como los artísticos) para reconocer realidades interiores que se habían manifestado inadecuadamente, que permanecían confusas, y buscarles una salida constructiva. Claro, esa visión de la realidad penitenciaria no es la más difundida.

El presidio, por definición, es un lugar de castigo, una estancia de reclusión forzosa y apartamiento donde cumplir condena por actos sancionables... En general, las prisiones cumplen la función de segregar a personas que han infringido las normas que la sociedad establece para su propio mantenimiento y confort. Los infractores son temporalmente excluidos de la vida social. Levantando cárceles, el sistema establece los márgenes físicos de esa exclusión, creyendo que, gracias a los muros que impidan ver a y ser vistos por los "apartados", se mantiene el espectro de una convivencia pacífica y segura. Todos sabemos que esa ilusión no se sostiene. Una herida no se cura ocultándola. Ocultándola, se infecta y pudre al organismo.

Pero no quiero dar la impresión, porque no sería veraz, de que nuestro programa se inmiscuye como un polizón por los resquicios de una institución reacia. Puede que el presidio como espacio preparatorio para la reinserción, hoy por hoy en España, sea una realidad todavía incipiente. Pero lo importante es que existen experiencias pioneras. En el Centro Penitenciario de Huelva, por no ir más lejos, se ha creado en el Módulo 6 una UTE (Unidad de Tratamiento Educativo) que se articula en torno a ese objetivo fundamental de la prisión como espacio educacional. En este contexto ha encontrado receptáculo nuestro programa. Y tengo que hacer nuevamente público nuestro agradecimiento a los educadores del Módulo 6, José Enrique Allepúz y M^a Luisa Hernández, y al director del centro, Manuel Osuna. Su apoyo decidido al proyecto de arteterapia ha permitido limar los obstáculos -nada despreciables- de la burocracia penitenciaria. Sin ellos, sin su entusiasmo y su convicción de que la cárcel puede convertirse en oportunidad para el cambio, esta experiencia sería sencillamente inimaginable.

En este sentido, ¿funcionaría la cárcel como un espacio de sustracción, la gente es sacada de la realidad y metida en otra parte para que no esté en ella? ¿Sería un "no lugar"?

O un lugar, y el nuestro es el no lugar.

La cárcel crea un espacio propio con nuevas definiciones de realidad, a veces más precisas y ricas que las que los propios internos pudieran tener antes de entrar en prisión. Porque esta neo-realidad hace que muchas personas retomen conciencia de sus propios actos y actitudes, a veces los reconduzcan...y a veces simplemente los observen. Pero en todo caso, durante la forzada desconexión del exterior, los individuos se enfrentan a sus espacios interiores con mayor violencia y profundidad de lo que quizá hubieran hecho en una situación "ex -carcelaria" donde las consignas, los tópicos han convencionalizado un gran "no lugar". Una trama de justificaciones pactadas, que se sustenta sobre racionalizaciones creadas mediante consenso. Pero esa sustentación es débil, presenta fisuras que dejan vislumbrar la fragilidad donde quiebra el sistema: la cárcel es una de esas fisuras.

Quando hacéis arteterapia, ¿se genera entonces "otro espacio", un espacio que educa, un espacio diferente, como un oasis dentro de la cárcel?

Es que el contexto, la sociedad constituida por los reclusos, forma un sistema llamativamente estructurado. Decía que la realidad carcelaria, desarraigada de la sociedad externa, genera su propio lugar, una "subcultura" intrasistémica con códigos, convencionalismos, valores morales, definiciones de lo bueno y lo malo que poco tienen que ver con las nuestras, y que nos resultarían chocantes. Son sus propias normas. Con penalizaciones severas, incluso crueles, para quien las viola. Los sancionados por la propia sociedad presidiaria ingresan en una cárcel dentro de la cárcel. En nuestro taller, que en cierto modo sí es un intersticio, se integran algunas personas que han sido marginadas en ese lugar de marginación.

Para integrar esta iniciativa arteterapéutica en un espacio tan singular, ha sido necesario entender que nos introducíamos en un sistema estratificado, con una estructura compleja... pero tampoco más compleja que la propia de todas las microsociedades aisladas, que generan sus propias jerarquías de poder.

En definitiva, la experiencia arteterapéutica quiere producir un conjunto coherente de actitudes que va insertándose, como un microclima intersticial, dentro de la cultura carcelaria. Pero un espacio que es todo ventanas, abierto, permeable, que asume el compromiso precisamente de abrir y permeabilizar el contexto donde subsiste a una vivencia más plena de la vida social exterior.

¿Entonces hablaríamos que el yo, el individuo en esta situación se ve obligado a cumplir unos roles y a asumir unos tópicos que ya están hechos, condicionantes muy claros de la individualidad? ¿Y a la vez te entiendo, que es también un modo de que el individuo se enfrente a sí mismo?

Que tienes que asumir roles nuevos cuando ingresas en un sistema diferente es lo que nos pasa a todos cuando pasamos de un entorno a otro. Eso es natural. Todas las sociedades se organizan políticamente y asignan roles a los individuos que las componen. Esos roles a veces coinciden con lo que tú realmente deseas, otras veces no concuerdan con tus propios intereses o valores... Pero no deja de ser un juego de máscaras. Un juego incesante de máscaras que ocasionalmente se adaptan al rostro que las sostiene; y más frecuentemente, es el rostro el que acaba pareciéndose a su máscara.

Ahora, cuando hablamos de enfrentarnos a ese juego adaptativo -que no siempre favorece el equilibrio personal-, un factor que induce el enfrentamiento con las propias máscaras es la soledad: en prisión hay gran tiempo para la soledad, mucho tiempo que no se puede llenar fácilmente. En ese vacío, en el que faltan los seres queridos, te ves encarado al

recuerdo de los actos cometidos y sus consecuencias, enfrentado también a la necesidad de elaborar explicaciones, justificaciones o incluso un cambio estructural. Dicho de otro modo: cuando se realizan actos contrarios a las actitudes o valores personales, se produce una disonancia cognitiva muy desestabilizadora; para neutralizarla, o se cambian los valores legitimando los actos cometidos, o, por el contrario, se refuerzan las actitudes para que las acciones "erróneas" -a partir de esos criterios- no vuelvan a repetirse; ahora bien, si las actitudes son concordantes con los actos (por ejemplo, un violador reincidente que considera lícito forzar sexualmente a otras personas), la labor es más compleja, porque hay que instaurar un nuevo conjunto de valores (en ese caso: no es lícito hacer lo que no te gustaría que te hicieran a ti, entre otros); son esfuerzos tendentes a un cambio profundo que sólo puede realizarse desde el enfrentamiento con uno mismo. Por tanto, ese tiempo sólo ocupado por la soledad no es necesariamente un condicionante dramático: también puede convertirse en oportunidad para reevaluar,... y, en concordancia con ese juicio personal, evolucionar.

¿Cual es el imaginario de los reclusos?

Pues el concepto que más se repite en sus poemas, en las imágenes de sus trabajos, en sus murales, es el de libertad. Lógico ¿no?. Libertad simbolizada como lo es habitualmente, con iconografías referidas al vuelo. Arquetipo universal, pues los enfermos, especialmente terminales, personas recluidas en campos de concentración y en situaciones parecidas, dibujan frecuentemente mariposas y aves.

Este refugio de creación íntima, este reducto de libertad imaginada, permite huir; es decir: tomar distancia y desprenderse en parte de la situación abrumadora que supone tener restringidas actividades y relaciones. La creatividad permite, en definitiva, reforzar una identidad ajena a las restricciones externas, genera un habitáculo virtual sin márgenes impuestos a la acción y la decisión, precisamente allí donde las capacidades de acción y decisión han sido severamente limitadas.

Esa mirada que nos estás dando, ¿crees que coincide con la que tenemos los ciudadanos que no hemos pasado por la cárcel? ¿quizás para los que no hemos estado por ese lugar, existe un tópico común de la cárcel como de lugar de violencia...?

Es posible. Tampoco estoy pensando en la imagen que doy. Es verdad que antes de ir a la cárcel, como me pasó a mí, piensas que entras en un lugar donde están recluidos los "malos" de la película, ¿no?

Sin embargo, cuando convives codo a codo con estas personas, te das cuenta de que están ahí porque han cometido delito, lo cual no implica necesariamente que sean delincuentes. Han cometido un acto, no necesariamente mantienen una actitud.

Y ves cómo se hace realidad, una y otra vez, aquella afirmación de Pitágoras: "educar al niño para no tener que castigar al hombre". Es así: un alto porcentaje -aunque decreciente- de presos proceden de lo que llamamos eufemísticamente "ambientes desfavorecidos", o "en desventaja sociocultural". No podría decir nunca que, por proceder de estos entornos, sean personas con la página escrita. Ser determinista es totalmente incompatible con trabajar en lo que estamos trabajando. Ahora bien: resultaría una irresponsabilidad no asumir unos condicionantes previos, que no determinan inevitablemente pero sí aumentan las probabilidades de entrar en círculos de delincuencia. Dicho de otro modo: la página no está escrita pero los renglones aparecen ya trazados.

Nacer en una familia donde el hurto, el tráfico de drogas, la prostitución son habituales... predispone. Continuar por ese camino no se presenta a los ojos del joven como algo inmoral, puesto que sus referentes más influyentes es

precisamente eso lo que hacen. Por tanto, debemos cuestionarnos el supuesto derecho a juzgar moralmente a personas, sabiendo que han nacido en un entorno que les ha inducido a llevar un determinado estilo de vida. Y si hablo de juicio moral, también habría que replantear los términos del juicio legal: estas personas necesitan apoyo para romper la espiral de la exclusión, no una condena a permanecer temporalmente ocultos y salir de la reclusión en las mismas o peores condiciones que entraron.

Hay que recordar que las estadísticas sobre trastornos infantiles indican que un 33% de los delincuentes han sido niños hiperactivos. La hiperactividad es un desorden que produce una serie de comportamientos que se suelen traducir, ya en adultos, por conductas antisociales. La hiperactividad puede ser, en ocasiones, congénita; pero con más frecuencia es adquirida si el niño es expuesto a contextos hiperestimulantes, hogares caóticos, modelado agresivo. Estos factores no escriben la página, pero indudablemente trazan los renglones. Si en prisión sólo estuvieran personas que comenten conscientemente actos sancionables desde su sistema de valores originario, sin predisponentes familiares o socioculturales, y con alternativas reales para elegir estilos de vida diferentes... creo que las cárceles estarían bastante menos llenas.

¿Por eso, es quizás tan importante el otro trabajo que llevas a cabo con niños? ¿para en cierta manera, ofrecerles otras posibilidades?

Creo que sí. Ése es el comienzo. Sabemos que toda historia tiene sus capítulos y queremos que no desemboque en el consabido desenlace. Los menores que viven en centros de acogida o en internados tutelares han sido objeto de abandono, abuso o maltrato... Normalmente son niños que han recibido un modelado violento en su entorno familiar. Han experimentado circunstancias que los predispone a padecer trastornos de atención, con lo cual el fracaso académico está servido. No es tampoco de extrañar que sufrir daño de parte de quienes tienen la responsabilidad de amarnos y cuidarnos, acabe produciendo problemas de ansiedad o depresión. Además, en las conductas de estos menores hacia los demás reverberan lo que ellos han recibido, lo que les acarrea rechazo ya en el grupo de iguales, luego, reacciones adversas de profesores y cuidadores... y se va ampliando así el diámetro de este círculo de exclusión.

En los centros para menores en desprotección se les mantiene, como en una burbuja, preservados de un exterior amenazante... pero eso dura hasta los 16 o 18 años. Y luego ¿qué? Un porcentaje insignificante sigue estudios superiores, una mínima proporción (si la comparamos con el resto de la población) termina estudios secundarios. La mayoría, sale a la calle... ¿Y qué se hace en la calle? Desgraciadamente, en muchos casos terminan (y, a veces, con suerte) en la cárcel. Romper el pronóstico, romper esa cadena es un compromiso social ineludible.

¿Cómo empezáis a trabajar en la cárcel y en la Ciudad de los Niños? ¿Por qué el paso a la cárcel?

En todas las asignaturas que imparto procuro introducir, adaptándola al contexto de cada materia, algo de arteterapia; porque considero que un maestro o un educador social -en la medida en que trabajan la educación artística- debe disponer de recursos para emplearla tanto en el afrontamiento de necesidades especiales, como en el tratamiento de situaciones sensibles que se dan dentro de los márgenes de la "normalidad". Precisamente, de un alumno cuya mujer trabajaba en Ciudad de los Niños, surgió la iniciativa de aplicar allí los conceptos que estábamos trabajando. No tuvo que decírmelo dos veces, a las pocas semanas estábamos allí. Hace ya cinco años de eso, y este ex alumno continúa trabajando -es, por cierto, un colaborador infatigable- en el programa de arteterapia en CDN.

Pasar al centro penitenciario era inevitable. Porque trabajábamos con niños y adolescentes cuyos padres, en muchos casos, cumplían condena o pasaban periódicamente por etapas de reclusión. Por otra parte, estos menores, al salir del centro tutelar que los mantenía preservados, vuelven a ambientes de riesgo e inician el ciclo delincuencia-presidio-

delincuencia. Es una espiral centrífuga en todos los sentidos. El presidio genera ambientes familiares desestructurados que predispone a los niños a reproducir situaciones social y personalmente conflictivas.

Es verdad que no eran exactamente los padres de estos niños aquellos con los que trabajábamos; pero, en definitiva, intentamos ser coherentes con el convencimiento de que la "desventaja sociocultural" debe ser abordada desde múltiples frentes. Ese abordaje múltiple y perseverante parece el más adecuado para tratar un problema de las mismas características. Y somos conscientes de que el éxito no está garantizado: el tratamiento global se ve como un requisito necesario, pero a menudo insuficiente, para enfrentar un problema particularmente tenaz y complejo.

¿Cuántos sois? ¿Quien trabaja contigo y quien os apoya?

Como decían los soldados del Tercio, "somos pocos, pero aguerridos". Y afortunadamente, el equipo va en aumento. Hay un núcleo estable de 5 personas a las que se añade un número variable de colaboradores eventuales.

En cuanto a las ayudas, distintas instituciones han apoyado los programas que nuestra asociación pone en marcha. La verdad es que constituirnos en la Asociación Andaluza de Arteterapia (ASANART) ha supuesto un paso importante para fortalecer y dar consistencia a estas iniciativas.

Hemos recibido ayuda a través de las convocatorias de Extensión Universitaria de la Universidad de Huelva, becas para proyectos de innovación docente subvencionadas por el Vicerrectorado de Calidad e Innovación Docente de la misma universidad, subvenciones -acogidas a convocatorias públicas- de entidades bancarias. Y ahora nos sentimos especialmente alentados por la financiación concedida por la Consejería para la Igualdad y Bienestar Social de la Junta de Andalucía, que nos permite contratar nuevos colaboradores para aumentar los grupos que reciben atención y afrontar el gasto en materiales.

No obstante, hay que puntualizar que los programas de acción social requieren, ante todo, continuidad. Cualquier ayuda para este fin es de agradecer, siempre. Y siempre la hemos agradecido. Pero las instituciones con fines educativos o sociales deberían ser más conscientes de que obsequiar con subvenciones esporádicas no es exactamente lo que necesita este tipo de actuaciones. Parece como si la sociedad y las instituciones que la representan sufrieran, de cuando en cuando, repentinos ataques de caridad turística. Es como un pronto, un repelús que produce descargas imprevisibles cuando eres testigo directo de situaciones difíciles: nos remuerde la sensibilidad una especie de gusanillo pseudo culpable al observar que hay personas que viven bastante peor. Es posible que ese gusanillo se acalle proporcionando apoyos esporádicos a ONGs o asociaciones como la nuestra, acostumbradas como estamos a funcionar habitualmente con carácter de voluntariado. Pero no basta con tranquilizar conciencias fugazmente removidas: los proyectos de acción social requieren, decía, ante todo continuidad. Creo que los apoyos deberían articularse considerando más detenidamente esta necesidad.

¿Con estas personas, que hacéis concretamente?

Así, en resumen, lo que hacemos es poner a su disposición caminos (a veces, inexplorados para ellos) de comunicación y de expresión para que, utilizando esos recursos, ocupen su propia voz, tracen los renglones de su devenir, rompan los círculos desestabilizadores que dificultan la integración psicosocial. En este sentido sí participamos en la construcción de un lugar, un nuevo lugar.

A través de las artes plásticas, de la danza, del teatro..., se les facilita la oportunidad de explorarse y explorar. Acceden a los lenguajes artísticos sin las ataduras de las normas previas. Por ejemplo, cuando un niño es víctima de cualquier forma de maltrato, suele mostrar reticencias a manifestar su situación (por esto pasa tantas veces inadvertida), le cuesta revelarse con palabras, en parte por temor a represalias o por miedo a dañar a sus agresores, a menudo familiares o seres cercanos. En cambio, en el espacio que nace cuando pinta, baila o escribe, la expresión y la confianza surgen espontáneamente, fluidamente... Y es que la creación artística estimula climas de comunicación respetuosa, que no agrede los límites subjetivos de la privacidad; facilita que la energía nociva encuentre una salida constructiva, personalmente satisfactoria y socialmente enriquecedora.

Porque trabajar con arteterapia es radicalmente distinto que dar una clase de artes plásticas, ¿verdad?

Sí, radicalmente distinto. En arteterapia el punto de acción es el individuo. En las artes plásticas importa la materia, importa cumplir determinados objetivos concernientes a dominar conceptos y procedimientos. A nosotros, lo que nos importa es que el sujeto fortalezca su autoestima, su auto-congnición, su capacidad de resolución... Éstos son los objetivos y el arte es un medio, nada más. Nada más y nada menos; porque si la creación, como vehículo mediático, facilita que una sola persona escape de la destrucción y autodestrucción, el logro no es menos valioso que cualquier obra encerrada en un museo.

¿Qué no sería arteterapia, Pilar?

Una clase de arte donde se está enseñando a copiar pies de escayola, por ejemplo. De todos modos, la arteterapia, por ocupar un territorio múltiple, tiene también muchas zonas fronterizas. Para una persona mayor, que se ve a determinada edad apartada de sus ocupaciones habituales, y que se entrega al aprendizaje artístico del óleo o del modelado en barro, sin duda pretende esencialmente ocupar su tiempo, ejercitar destrezas, entablar relaciones... todo ello integra un componente arteterapéutico. Arteterapia y terapia ocupacional son ámbitos diferenciados. Pero, en la presencia de casos concretos, es difícil establecerles una barrera. Ya decía que la arteterapia es colindante con la terapia ocupacional, con el uso de medios no verbales en una psicoterapia tradicional, con la propia creación artística... Se producen suficientes intercambios transfronterizos como para dificultar el propósito -conceptual, sobre todo- de delimitar los márgenes. Las fronteras, más acá de las abstracciones, se presentan difusas e inexistentes en algunos puntos.

La diferencia entonces es de un arte pensando en el objeto frente a un arte para el sujeto y la propia práctica de reflexión, liberación, comunicación...En este sentido, ¿es importante el espacio que se debe elegir para trabajar?

Bueno, parece útil disponer de un espacio físico adecuado donde encuentres ciertos rincones para hacer unas cosas y otros para hacer otras cosas: para relajarse, bailar, pintar, modelar, cantar... Los espacios artísticos pueden resultar más cómodos, pero cuando estás trabajando en unos ambientes que no son precisamente los más próximos al arte - hemos trabajado en entornos muy raros...-, te acostumbras a funcionar en cualquier sitio.

El sitio, realmente, lo creamos. El espacio es también una construcción.

¿Las personas con las que trabajáis se dan cuenta de que están cambiando?

Precisamente esa toma de conciencia que surge de la revisión es fundamental en este trabajo. Por ejemplo, un recluso condenado por violencia de género, recientemente participante en nuestro taller, llevaba en presidio años sin reconocer su situación. Nosotros simplemente contribuimos a crear una atmósfera propicia a la introspección; esta persona ha hecho un trabajo sincero y valiente de identificar sus actitudes, recalificarlas éticamente, empatizar con la víctima, reconocerse víctima de sí mismo, y, sobre todo, definir su deseo de no reproducir conductas destructivas y autodestructivas. Es muy fácil repetir errores si ni siquiera los calificas como tales. A partir de este proceso, comienza un hombre nuevo.

Lo malo de la cárcel es que estar allí suele significar tan sólo un paréntesis que no altera ni el antes ni el después, un intervalo de forzosa inacción puramente formal y transitoria. Y cuando termina, se vuelve a entrar en la misma dinámica. De hecho, abundan los reclusos que narran su historia como periodos alternantes de presidio-libertad.

Por ello, es preciso que todos tomemos conciencia de las cárceles que conducen a la cárcel. Aquellas pérdidas de libertad (por adicciones, descontrol de impulsos, contextos inductores, etc) que conducen a la pérdida física de libertad. Hemos oído a más de un interno confesar que lo más duro de la prisión es afrontar el día después.

¿Existe el peligro de que trabajar arteterapia con personas en desventaja social sea como un espejismo, una manera de ocultar problemas, de mejorar temporalmente pero que luego cuando vuelvan a la calle ellos se sientan un poco en el vacío?

El enfrentamiento del día después... Algunos internos que, por motivos de la limitada cabida de curso taller, no pueden participar directamente, nos hacen llegar sus pensamientos y sentimientos a través de dibujos o escritos. Recuerdo las palabras de un hombre que ha cumplido recientemente sus 20 años de condena, y salía. Escribió una preciosa carta en la que él, con el cuerpo lleno de cicatrices y tatuajes por pelearse con quien se le pusiera por delante, confesaba estar aterrado de enfrentarse a la vida exterior, de no sentirse preparado para ella. Entró con 18 años y ahora temía reencontrar sus ambientes de origen y reincidir. ¿Cómo me voy a sustraer a todo eso?, decía.

No me siento y creo que nunca me sentiré suficientemente preparada como para responder completamente a esa pregunta. Pero no siempre es necesario ofrecer respuestas, en ocasiones puede ser útil colaborar en definir con precisión las preguntas. Y estar ahí. Cuando Hipócrates definía el código deontológico de la ciencia médica, decía: "El buen médico, a veces, cura; frecuentemente, palia; y, siempre, acompaña". No es ninguna tontería, humildemente, acompañar.

Especialmente cuando se encaran problemas complejos. Respecto a lo que tú preguntabas, esta complejidad no nos desanima: desde la consciencia de nuestras limitaciones, afrontamos precisamente el ambicioso objetivo de preparar para ejercer la libertad, aunque suene ampuloso. No se puede castigar a alguien sin facilitar que identifique las circunstancias que motivaron el castigo y pueda evitarlas. Ello significa que el recluso debe concebir su futuro siendo consciente de la variedad de opciones, clarificar qué quiere y qué no quiere y qué precio está dispuesto a pagar por mantener sus criterios. Y, ante ofertas atractivas pero que han sido libremente definidas como indeseables, ser capaz de decidir.

Hemos hablado de lo que cambian estas personas, ¿qué cambia en el arteterapeuta?

Para mí esta vivencia ha supuesto un antes y un después. Estoy disfrutando y aprendiendo mucho de estas personas. Si ellos se enriquecen la quinta parte que lo que yo me enriquezco con ellos, me daría por satisfecha.

¿Que cambia de tu mirada al mundo, a las injusticias sociales...? ¿Cómo cambia la consideración que el arteterapeuta tiene sobre la gente corriente, sobre los políticos, los ideólogos, los intelectuales, etc. hacia cualquiera cuando uno está en contacto con personas que tienen estas dificultades tan graves?

Sientes mucho más real la definición de hipocresía. Y sabes que muchos de los montajes ideológicos del lugar que ocupamos están estructurados falsamente sobre ideas consensuadas sin otro fundamento que justificar lo "admisible" (lo que nuestra sociedad decide definir como admisible) y perseguir lo "inadmisible". En prisión, como en tantas otras situaciones, ni son todos los que están, ni están todos los que son.

He visto, dando vueltas en el patio, personas deficientes, con discapacidad grave y manifiesta. Están ahí porque nuestra sociedad no se sentiría suficientemente democrática y civilizada si mantuviera a los enfermos psiquiátricos "recluidos" en sanatorios especiales. ¿Y qué hacer con una persona cuya patología le induce a la agresión, y agrede? Pues a la cárcel, donde entra diplomado en delincuencia y sale doctor Honoris Causa. Los riesgos de la demagogia son terribles.

Por otra parte, solemos creernos más protegidos del ambiente carcelario de lo que realmente estamos. No todos los presos responden al perfil previsible: proceder de ambientes en desventaja económica y social. Cuando convives codo a codo con ciertas situaciones límite, alcanzas a ver cuán cerca puede estar cualquiera, en algún momento de nuestras vidas, de una situación parecida. Un día tonto, un mal paso y se desencadena un proceso que termina arrollándote con todo el equipo.

Seguramente para hacer arteterapia se requerirá una determinada formación, especialmente interdisciplinar, ¿no?

A ver, tenemos que ser chicos y chicas para todo. Hay que aprender a bailar si no se sabe. A relajarse y relajar, a hacer teatro... Aunque el teatro lo hacemos de todas maneras, ¿no?. Debes ser todo terreno, porque no sabes exactamente sobre qué terrenos tendrán que ir abriendo sendas.

Por ejemplo, uno de los participantes en nuestros talleres canta flamenco. Y tiene que sentir que alguien le toca las palmas. Así que, hubo que aprender.

Son tantas las posibilidades de comunicación... por distintos cauces, que nosotros simplemente sugerimos y que ellos

materializan. En esa interacción, todo se multiplica.

¿Pero además se hará precisa una formación terapéutica, no?

Como todas las profesiones, tendrá que haber un Colegio profesional que respalde el ejercicio, regule y vele por el cumplimiento de las normas. Esto aún no existe en España. Se ofrece formación en arteterapia a nivel de postgrado, sin estar definido oficialmente el perfil profesional del arteterapeuta, puesto que ello no es competencia exclusiva de las universidades. Este vacío legal propicia situaciones ambiguas, confunde el campo laboral y desconcierta a quienes, con su flamante título obtenido mediante master, encuentra que su profesionalización dista mucho de estar estructurada. Las personas que optan por matricularse en estudios que les ofrecen una formación teórico-práctica en arteterapia, deberían tener acceso a información bien clarita sobre las limitaciones, hoy por hoy en España, de su pretendido ejercicio profesional.

¿Ocurre así en Europa?

No. En el Reino Unido el arteterapeuta presenta un perfil laboral preciso dentro del ámbito de la salud, con estudios específicos y oposiciones estatales, como puede ocurrir con la carrera de medicina o enfermería. En Alemania conviven formaciones de grado y de postgrado. En realidad, cada país ha alcanzado al respecto un nivel de desarrollo específico. Esperamos que con la convergencia en el espacio común de la Enseñanza Superior, esta disparidad se reduzca. Con la homologación en esta materia, los países (como el nuestro) menos avanzados resultarán necesariamente beneficiados.

La realidad va por delante de la formación. Pero, ¿cómo crees tú que debiera de ser esta?

Yo entiendo que esa formación debería tener por una parte conocimientos del arte, conocimientos procedentes de la psicología y de la medicina, fundamentalmente. Tal vez también de sociología y otros ámbitos. Pero al menos, esas tres facetas pueden ser importantes y prácticas.

¿Bajo que forma?

A mí me gusta apostar -aunque en otros foros donde ha sido expuesta la idea no ha sido acogida con mucho entusiasmo-, por una formación de grado. Con la equiparación de la enseñanza superior en Europa, creo que no es una batalla a la que debamos renunciar. Aunque parece que esto no interesa a todo el mundo. Hay que comprender que los masters dan dinero a los que los ofertan, mientras la formación de grado se impartiría como titulaciones universitarias oficiales,

mucho más barata para el matriculado que la formación de postgrado. Creo que luchar por el grado es el camino más honesto para la ulterior profesionalización del arteterapeuta.

Pilar, nos comentabas que en asignaturas de Magisterio y de Educación Social, en la Universidad de Huelva donde trabajas, incluyes contenidos propios del arteterapia ¿Qué les aportan a un maestro o a un educador social que no van a ser arteterapeutas estos conocimientos?

Entiendo que un arteterapeuta trabaja o trabajará en un contexto determinado y en situaciones que requieren atención específica. Un maestro o un educador social van a tener que enfrentarse a situaciones para las que será útil disponer de las herramientas que proporciona la arteterapia.

Cuando en el currículo de Maestro se introducen materias de psicología, no es para capacitar al maestro a abrir un gabinete de psicología, sino para que conozca la población con la que trabajará y adapte más rentablemente su esfuerzo. Con la arteterapia ocurre algo parecido. El tipo de formación arteterapéutica que introduzco en la docencia no puede ni pretende capacitar para abrir un centro de arteterapia, sino proponer recursos para que el maestro o educador social trate más eficazmente situaciones sensibles o conflictivas que se producen, normalmente, en los contextos de interacción social donde desarrolla su labor. Se trata de una formación complementaria, plenamente inserta en el currículo oficial, que puede mejorar el servicio que estos profesionales prestan a la sociedad.

¿En este sentido el arteterapia podría ayudar a la educación?, ¿quizás debiera incluirse esa formación que tu introduces de manera un tanto sesgada en otras materias?

Con la libertad de cátedra se dispone de cierto margen. Por eso, cuando crees en esto porque has comprobado su eficacia educativa, sería un absurdo (y quizá una irresponsabilidad) no transferirlo a la docencia ni compartirlo, precisamente, con futuros maestros y educadores sociales.

En un futuro no muy lejano, estoy convencida de que la arteterapia se va a convertir en un instrumento que mejore y fortalezca la función de los profesionales en el ámbito de la educación, la salud y el trabajo social. No creo que tarde mucho en que esta formación entre por una vía más cómoda que ahora, inmiscuida por la puerta trasera de otras materias.

En otro sentido, ¿qué hace que un Centro de Arte Contemporáneo esté muchas horas del día vacío y sin embargo cuando trabajáis con personas que no tiene una formación especial en arte se produzca entusiasmo, se produzcan experiencias estéticas, un enganche con el arte?

En parte eso ya lo hemos hablado, nos centramos en la persona y no en conceptos. Los participantes en el programa se saben y sienten protagonistas de la actuación. Eso despierta automáticamente y mantiene su interés.

Cuando voy a museos o centros de arte contemporáneo, -como suelo hacer acompañada por o acompañando a mis

hijos-, encontramos frecuentemente las salas vacías. Se vienen entonces a la mente las especulaciones kantianas sobre la inutilidad del arte; según éstas, en el momento en que el arte deje de ser inútil, quedaría comprometida su libertad. Sin embargo, más en los ámbitos teóricos que en las aplicaciones, ya se ha abierto paso la idea de que el arte no sólo puede resultar útil, sino que no debe permitirse el lujo de renunciar a serlo. Para ello no basta con ofrecer muestras que expongan al espectador, lo más brutalmente posible, a la ambigüedad de lo real y lo absurdo. No basta con exhibir fotografías estudiadamente viscerales que visibilicen la atrocidad de una batalla o la miseria de un suburbio. Así, no dejamos de movernos entre definiciones circulares del arte como juego retórico, artificios y simulaciones con un pretendido impacto conceptual, que, todos lo sabemos, dejan indiferente a la mayoría.

En arteterapia, te topas indirectamente con la paradoja de que, cuando las personas rompen sus inercias comunicativas, hacen abstracción, arte conceptual, instalaciones, performances... precisamente el tipo de cosas que les hace exclamar ¿qué coño es esto? cuando las ven en centros de arte contemporáneo.

Esto me recuerda a Freire, el aprendizaje es un diálogo. ¿Quizás ése es el fracaso de la pedagogía del Arte Contemporáneo? ¿que se da como un hecho que hay que aceptar?

No soy la persona adecuada para responder a eso. Me limito a apuntar sugerencias.

En el momento en que los gestores de arte ofrecen determinadas soluciones visuales como muestra de potencia simbólica, estética o simplemente hedónica... en el momento en que estos valores son definidos desde círculos autocomplacientes y elitistas, sin justificar su validez ni explicar sus principios (posiblemente porque no pueden ser justificados ni explicados)... en el momento en que esas legitimaciones se construyen herméticamente a espaldas de lo que la gente siente y opina... no es de extrañar que, en justa correspondencia, lo que la gente siente y opina sea una descalificación global de cuanto no entiende.

Si unimos esta pieza a la ya consabida necesidad de construir los conocimientos desde la experiencia... el sumatorio es que el aprendizaje artístico debe construirse desde la experiencia. Esto es una simple conclusión matemática. Pero está al alcance de todos los profesores de arte comprobarla. Parece lógico, entonces, que la legibilidad de una obra dependa de que cada espectador haya restablecido personalmente los nexos que vinculan formas y significados, aunque tales significados no trasciendan inicialmente el ámbito subjetivo del espectador o incluso consistan en las propias formas. Las subjetividades, expuestas a comparación, ofrecen claves interpretativas que permiten acceder a simbologías más generales, de tipo cultural y, finalmente, universal. Es cierto que las culturas se estructuran a partir de imposiciones de sentido, y, a veces, el salvoconducto de lo cultural nos lleva a creer que las personas son "culturizadas" a partir de un acatamiento acrítico de normas dadas. Pero olvidamos que, aunque este acatamiento funcione cuando de inserción social se trata, poseer cultura artística no es una condición percibida por el individuo como necesaria para su adaptación al medio.

La arteterapia parte del principio contrario: el arte es útil, el arte es necesario. Para ello, es preciso demoler el hermetismo de esos circuitos autovertidos artista-galería-público selecto, hacerlos permeables, renunciar a la pose distintiva del genio basada en su cripticismo... Nos quejamos de la pobreza cultural del público mayoritario que deja vacías las salas de arte contemporáneo. Y pregunto ¿no somos nosotros, profesores, creadores o gestores del arte, precisamente los responsables de esa pobreza cultural?

Creo que fue Kandinsky quien dijo aquello de "un cuadro emancipa al rojo". Claro que el arte contemporáneo ha emancipado al lenguaje visual de la servidumbre de la figuración. Pero, precisamente por ello, en tanto que lenguaje tiene que arraigar en alguna clase de sentido. ¿Qué sentido? Cuando una persona da salida a impulsos agresivos mediante garabateo y manchas rojas... sólo tiene que tomar conciencia de que no es indistinto usar, para canalizar esa emoción, los colores rojo, verde o amarillo, suaves líneas onduladas o quebrados zigzags. Esa toma de conciencia a partir de su propia experiencia expresiva y creativa, reconstruye el puente que conecta con el valor comunicativo de las formas puras. El rojo sigue emancipado, pero humanizado.

Pilar, ¿crees que quizás esa podría ser una fórmula para revalorizar la educación artística hoy?

Debiera darnos grima el término "fórmula" ¿no?. De las variadas poses con que gusta autocaracterizarse el mundo artístico, la pose de renunciar por principio a cualquier fórmula, como si del rabo del demonio se tratara, me parece de las más sensatas y extrapolables al mundo no artístico. Aunque ese vade retro sistemático sea, de por sí, una fórmula. Así que mi experiencia no se propone como referente ni para mí misma.

No obstante, sí debo decir que me ha funcionado el dar rodeos. Rodeos a través de otros lenguajes. Veíamos un día, por ejemplo, una obra cubista que representa a una niña, de Picasso. El comentario habitual: "vaya porquería, eso lo hago yo". Explicar la teoría del cubismo no servía de nada. Hasta que se me ocurrió proponerles que imaginaran cómo se sentía esa niña, y lo tradujeran musicalmente. De acuerdo con la profesora de música y por grupos, compusieron sobre la marcha e interpretaron la música de esa imagen. Aunque trabajaban en grupos por separado, todos coincidieron en reproducir canciones infantiles que iban siendo descuartizadas poco a poco: se estableció un consenso espontáneo sobre cómo les impresionaba esa obra: una imagen donde se mezclaban dos principios contrapuestos, la sencilla candidez de la infancia y la compleja fragmentación del cubismo.

El rodeo parece ridículo, pero la música, la poesía pueden hacer más visible lo visual. Puede que la visibilidad de una imagen dependa de nexos más profundos que su aspecto perceptible, y en ese juego simbólico sumergido, los lenguajes se conectan y vuelven recíprocamente interpretables.

¿Siempre es más rica, tal vez necesaria, la interdisciplinariedad?

Bueno, pienso que sí: la interdisciplinariedad ayuda a explorar vínculos entre ámbitos aparentemente inconexos. Aunque el arco entre lenguajes aparezca oculto, es una senda hundida que puede aflorar haciendo transitables todos los territorios, todos los "lugares"...

El arte, así vivido, es uno de los ejercicios más plenos de la libertad. Libertad para diseñar, planificar y formalizar materialmente el espacio personal habitable. Formalizarlo desde la propia deliberación, los deseos reconocidos y el ejercicio consciente de la iniciativa y la acción. Antes hablé de que la arteterapia estimula atmósferas donde los sujetos ocupan su propia voz. Se trata, en efecto, de ocupar las propias manos, el cuerpo, el horizonte y renombrar el propio devenir.

Las preconcepciones que restringen el ámbito de opción vital se minimizan, las inercias de conductas concatenadas se detienen. En definitiva, se está relativizando la historia personal y la influencia de los contextos que la condicionaron, al redefinirlos como posibilidades en un abanico de alternativas. Alternativas que pueden ser retomadas haciendo reversible -no sólo metafóricamente- el pasado: de algún modo, se vive lo no vivido, y así desrealizamos la sombría profecía que apuntaba Erich From en aquella frase tan certera: "la vida no vivida es lo que nos destruye; individualmente, en forma de locura; colectivamente, en forma de guerra".

Al relativizar los influjos negativos que ejercen las experiencias perturbadoras, se puede empezar a desbloquear el control sobre conductas antisociales, y de este modo se siente en las manos un enorme poder de construcción y de decisión. El arte, en este ejercicio global de redefiniciones y libertad responsable, ayuda a romper la reincidencia y cadenas que transmiten dolor. Porque sabemos que, en la espiral de la violencia, dolor y agresión, víctima y verdugo terminan siendo la misma persona y alternativamente.

Sólo con poder mantener la esperanza en que la experiencia artística es un factor eficaz de cambio social, sólo con poder trabajar por ello nos sentimos sobradamente pagados. Convivir con personas que están consiguiendo reescribir su página y trazarse nuevos renglones es una oportunidad inestimable para calcular las dimensiones de la libertad. Y es esa clase de libertad, por cierto, que no queda abortada por orden judicial ni limitada por alambradas y controles de seguridad. Es una libertad íntimamente edificada desde la reconciliación profunda consigo mismo, premisa de una mejor adaptación. Y no me importa que suene a mensaje prenavideño; lo he experimentado y debo decirlo: la arteterapia es una manera pequeña, pero cálida y eficaz de apuntalar la paz. Paz personal para la paz social.

Realmente tus palabras nos recuerdan aquello de "a vivir se aprende viviendo".

Sabemos que tus responsabilidades son muchas y por eso no queremos quitarte más tiempo. Solo queremos agradecerte esta entrevista valiente, sensata y desde el corazón. Esperamos que a nuestros lectores les guste como a nosotros nos ha gustado oírla.

Muchas gracias, Pilar.